

la mayor energía. La carta acababa en estos términos: « Esta » exhortacion y súplicas que os dirigimos, las hemos puesto » en la Confesion de San Pedro, y sobre estas cartas hemos » ofrecido el santo sacrificio de la misa, y os las remitimos con » lágrimas en los ojos. Cualquiera pues que osare contravenir » á esta regla, incurrirá en la excomunion de san Pedro, y » será excluido del reino de Dios. » Esta última fórmula es poco mas ó menos la de que se sirven aun los romanos pontífices, sucesores de Estéban IV.

11. Por desgracia los efimeros intereses de una política in-moral pudieron mas en el espíritu de Bertrada, que las razones, súplicas y amenazas del papa. Logró ganar á Carlomagno, y le determinó á repudiar á su primera mujer por casarse con Desiderata: pero sus instancias fueron vanas para con Gisela, que dijo redondamente no querer á otro esposo que á Jesucristo. Y en efecto se hizo monja en el convento de Chelles, del cual murió abadesa. Carloman murió en la flor de su edad, año 771, y esta muerte impensada desconcertó los cálculos de Bertrada. Carloman dejaba dos hijos de la reina Girberga, su viuda; pero estos jóvenes príncipes no heredaron los Estados paternos. Los obispos y señores, usando del derecho electivo de que habian usado en otras circunstancias, se sometieron á Carlomagno, dichosos de vivir bajo la dominacion de un joven héroe, cuyo nombre era ya sinónimo de gloria, pues que acababa de ilustrarse aun mas en sus brillantes victorias contra la Aquitania sublevada. Esta revolucion política ponía toda la Francia en la mano de Carlomagno, y muy pronto le veremos hacer grandes cosas con ella. Su union con Desiderata ni fué durable ni feliz. Despues de un año de casamiento, Carlomagno se la devolvió al rey Desiderio, su padre. Ya se sentía bastante fuerte para no guardar miramientos con nadie, y se desposó inmediatamente con Hildegarde, princesa de la Suabia, con ultraje de las leyes eclesiásticas, cuya gravedad no comprendía sin duda alguna (1). Irritó sobremanera esta con-

(1) Nuestro deber de traductor nos obliga á poner detalles que como autor de

ducta al rey lombardo, el cual por vengarse acogió en su corte á Girberga, viuda de Carloman; tomó á sus hijos bajo su proteccion, juró restablecerlos en la sucesion de su padre, y con este objeto principió á entablar relaciones amistosas con Estéban IV, por cuyas manos queria hacerlos consagrar reyes. Pero este papa murió el 1.º de febrero de 772, despues de tres años de un pontificado trabajoso.

§ III. PONTIFICADO DE ADRIANO I (9 de febrero de 772-26 de diciembre de 795).

12. La elevacion de Adriano I al pontificado coincidió con el primer año del reinado de Carlomagno sobre la monarquía reunida de los Francos: ambos estaban unidos con lazos de una estrecha amistad. A pesar de la irregularidad de sus frecuentes casamientos, Carlomagno era un verdadero héroe cristiano. Esa grande imágen histórica, que tanto brillo dió á su época, nos aparece en la lejanía de los siglos como rodeada de la doble auréola de la potencia y de la religion. El cargo de defensor de la Iglesia, legado á su familia por Carlos Martel, y aceptado por su hijo Pipino, tomó en manos de Carlomagno proporciones colosales. Para proteger la fe católica fueron á España sus ejércitos, y murió en Roncesvalles su paladin Roland; para propagar esta fe divina, domeñaba su espada á los obstinados Sajones idólatras, gente indomable, siempre vencida y jamás sometida, raza bárbara, antipática á la nacion franca, desde que esta principió á suavizar sus costumbres al contacto con la religion y civilizacion romana. Y en fin, por asegurar á esta misma fe católica la libertad é independenciam, destrozó con sus propias manos la nacionalidad lombarda, enemiga perpetua de los romanos pontífices. Carlomagno fué

modo alguno hubiéramos puesto. En una historia eclesiástica solo se ha de poner lo que *edifique*, no lo que *escandalice*. Y cuando haya necesidad de relatar flaquezas humanas, por exigirlo así la razon histórica y el hilo de los acontecimientos, se han de expresar de modo que el lector quede edificado. ¿Y cómo lo ha de estar al ver que el mayor defensor de la Iglesia romana faltaba descaradamente á sus doctrinas?  
(El Traductor.)

pues la espada de la Iglesia de que era pontífice Adriano I, y la Iglesia supo proporcionar la gloria de la recompensa al brillo de los servicios prestados.

13. En 772, los misioneros que evangelizaron la Sajonia, inquietados en sus trabajos apostólicos, á pesar de la promesa hecha por los Sajones al rey Pipino, amenazaron á este pueblo montaraz y semi-salvaje *con las armas del grande imperio* (así titulaban al de Carlomagno). San Libuino, que pronunció esta expresion, estuvo á pique de perder la vida, y su iglesia fué abrasada. Al saber esto Carlomagno, reúne sus Francos en Worms, va en derecha al principal santuario de los Sajones, Ehresburgo, donde se halla la famosa estatua del ídolo *Irmensul*, erigida por los antiguos Germanos á su dios Teutates. Esta estatua, armada de piés á cabeza, tenia en la mano izquierda una balanza, en la derecha un estandarte donde se veia una rosa, en su broquel un leon, y en sus piés un campo de flores. Era la imágen pagana de la Sajonia, cuyos campos fértiles y praderías esmaltadas de flores estaban habitadas por un pueblo de corazon de leon, cuya espada era la sola justicia, la sola regla y la sola ley. *Irmensul* cayó á tierra á los duros golpes de los Francos victoriosos, y los Sajones, sorprendidos en sus selvas, dieron doce rehenes, uno por cada tribu. Carlomagno volvió triunfante de esta expedicion, cuando le llamaban á Italia las cartas de Adriano I. Desiderio habia entablado con el nuevo papa las negociaciones interrumpidas por la muerte de su antecesor Estéban IV. Proseguia aun el mismo proyecto de restauracion en favor de los hijos de Carloman, sobrinos de Carlomagno: pero Adriano habia negado pura, lisa y llanamente su concurso á una empresa que hubiera sido un semillero de disensiones y divisiones intestinas en un reino amigo. Desiderio, no guardando ya miramiento alguno, se apoderó del territorio del exarcado, y marchaba contra Roma con los hijos de Carloman. El honor y seguridad de Carlomagno no estaban menos comprometidos que los de la Santa Sede; sin embargo, no tomó las armas sino despues de haber intimado á Desiderio *restituyese al so-*

*berano prntífice el patrimonio de san Pedro.* El presuntuoso rey lombardo respondió á esta intimacion con proseguir las hostilidades. El rey de los Francos pasa á Italia, sitia á Pavía y á Verona: ambas plazas resistieron largo tiempo; mas al fin abrieron sus puertas al jóven vencedor. Desiderio fué confinado al monasterio de Corbie, donde terminó sus dias. Adalgiso, su hijo, pudo salvarse á Constantinopla. Así acabó el reino de los Lombardos, despues de doscientos años de duracion. Carlomagno tomó el título de rey de los Lombardos, y ciñó su frente con una corona de hierro, dejando así á la nacion vencida su existencia política con su constitucion nacional, año 774. Respondieron de la nueva conquista una fuerte guarnicion y jueces supremos. Carlomagno fué á Roma, en donde Adriano I le acogió con la mayor honra. Carlomagno confirmó y aumentó la donacion hecha á la Santa Sede por su padre Pipino: comprendia la isla de Córcega, Parma, Mantua, el territorio del exarcado de Ravena, las provincias de Venecia é Istria, con los ducados de Espoleto y de Benevento. Este último hace aun parte de los Estados pontificios, aun cuando esté enclavado en el reino de Nápoles. El acta de esta donacion se hizo por duplicado, y ambas fueron firmadas por mano del rey. Remitió un ejemplar para depositarlo en la Confesion de San Pedro, y conservó otro en sus archivos.

14. Seis expediciones contra los Sajones y su invencible jefe Vitikindo, y una entrada victoriosa contra los Sarracenos en España, ocuparon hasta 781 la infatigable actividad de Carlomagno. Las continuas sublevaciones de los Sajones le obligaron á una medida necesaria pero rigurosa. Se hizo entregar cuatro mil de los mas sediciosos, que fueron pasados todos á cuchillo en 780. Vitikindo, aquel nuevo Arminio de la Germania, aquella lumbrera de tantas guerras, habia logrado sustraerse á las activas pesquisas y persecuciones de Carlomagno. No creia este rey haber hecho nada quedando aquel en pié. Pero la gracia de Dios pudo mas que Carlomagno, y solo ella quiso encargarse de su conquista. El dia de Pascua del año 785 presentaron á Carlomagno un mendigo que acababan

de arrestar á la puerta del palacio de Attigny, en las Ardenas, donde los Merovingianos de la Neustria habian hecho un sitio real. Un señor franco que iba á darle una limosna, reconoció en su mano derecha un dedo retorcido que habia visto mas de una vez en los combates y le habia llamado la atencion. El fingido mendigo era Vitikindo. — «¿Pues qué motivo os ha podido » hacer disfrazaros así? le preguntó Carlomagno. — Yo que- » ria examinar de cerca las ceremonias de vuestra Iglesia, res- » pondió el Sajon, y he pensado que este disfraz me permiti- » ria verlo todo. — Y bien, ¿qué habeis notado? — Antes de » ayer, príncipe, en ese día que llamais vosotros Viernes » santo, vuestro rostro estaba poseido de tristeza; mas hoy, » día de Pascua, yo os he visto en el principio de la ceremonia » pensativo y recogido. Pero cuando vos, con los grandes de » vuestra corte, os habeis acercado á la mesa que hay en me- » dio del templo, yo he visto brillar en todos vuestros rostros » señales de un júbilo tan íntimo y natural, que yo no supe á » qué atribuir cambio tan repentino. Tocó en lo mas vivo á » mi corazon una emocion sobrenatural: parecíame que el sa- » cerdote ponía sobre vuestros labios un niño rodeado de glo- » ria. Me postré arrasados en lágrimas mis ojos, y yo adoré, » sin conocerlo, á vuestro Dios, que de aquí en adelante será » mi Dios. — Dichoso, venturoso y feliz sois, exclamó Carlo- » magno, de haber gozado de un favor, del cual no hemos go- » zado ni yo ni mis sacerdotes. » En seguida le mandó poner vestidos conforme á su rango, le explicó lo que la fe nos enseña del augusto misterio de nuestros altares. Vitikindo, convertido é instruido, recibió el bautismo, y Carlomagno quiso ser su padrino y sacarlo de pila por sí mismo. El antiguo jefe de los Sajones se hizo su apóstol, y alcanzó del rey franco obispos para instruir á su nacion. Fué erigida silla episcopal en la ciudad de Minden, y su primer obispo fué san Heremberto. Carlomagno se apresuró á comunicar estos acontecimientos al papa Adriano, y le suplicó prescribiese para toda la Iglesia acciones de gracias al Señor; que los habia preparado tan providencialmente; y en todas las circunstancias daba este

príncipe pruebas de una insigne piedad. En el año 781 hizo un nuevo viaje á Roma para celebrar allí las fiestas de Pascua, y hacer bautizar y consagrar por el soberano pontífice á sus dos hijos aun jovencitos, Pipino y Luis. El primero recibió el título de rey de Italia, y el segundo el de Aquitania. Este segundo viaje coincidió con la muerte de la reina Hildegarda, que fué *reemplazada* (1) por Fastrada. Carlomagno tuvo que acudir por tercera vez á Roma por la rebelion de Arigiso, duque de Benevento, que pretendia ser independiente de la Santa Sede. La sola presencia del vencedor de los Sarracenos, Lombardos y Sajones bastó para sofocar la insurreccion. El rey añadió á la donacion hecha al papa, en 774, la de las ciudades de Sora, Arces, Aquino, Arpi, Teano y Capua, que acababa de quitar al duque Arigiso. Tasillon, duque de Baviera, aprovechándose de la presencia de Carlomagno en Roma, rogó al papa se interpusiera como mediador entre él y el rey de los Francos para cortar antiguas desavenencias. Adriano aceptó esta mision, y en concierto con Carlomagno arregló todas las diferencias que mediaban; mas al tiempo de firmar el tratado, los embajadores bávaros, tratando de ganar tiempo, respondieron, por orden de su señor, que no tenian poder para concluir. A fin de castigar esta mala fe, Adriano I excomulgó á Tasillon y los suyos. Es el primer ejemplo que nos ofrece la historia de un supremo pontífice que decide sobre pretensiones entre dos príncipes: para dicha del mundo esta intervencion del pontificado continuará, sin tener que usar de otra autoridad que la de un Dios de paz para consolidar el reposo de los pueblos.

15. El Occidente presentaba un magnífico espectáculo de armonía y concordia, y solo una nueva herejía vino á romperla. En el seno de España, tan desventurada ya por la dominacion de los Sarracenos, tomó origen el *Adopcianismo*, so pretexto de algunas fórmulas mal interpretadas del rito mozárabe (2).

(1) Expresion singular del autor!

(El Traductor.)

(2) En primer lugar, Elipando y Félix lograron seducir á muy pocos. En segundo

Elipando, arzobispo de Toledo, y Félix, obispo de Urgel, pretendían que Cristo, según la naturaleza humana, solo es hijo adoptivo y *nuncupativo* de Dios: lo que suponía en Cristo dos personas, y era renovar la herejía de Nestorio. Este error (se dice) fué rápidamente propagado en Asturias y Galicia, y aun en las Galias en la Septimania (1). Adriano I escribió, al tener noticia de este error, á todos los obispos de España, exhortándoles á permanecer firmes en los principios de la verdadera fe. Continuaba Elipando á sostener sus errores; mas Beato y Eterio, monjes de las Asturias, se opusieron con vigor á estas falsas doctrinas. Carlomagno, siempre con el ojo alerta contra los daños que amenazaban á la Iglesia, hizo condenar á los heresiarcas en los concilios de Narbona y de Frioul, en 792. Se celebró otro concilio en Ratisbona en presencia del rey de los Francos, en el cual fué condenado personalmente Félix, obispo de Urgel. Pareció abjurar su error, y depositó su retractación en manos del papa Adriano, que le permitió volver á su diócesis [de la que había sido depuesto y arrojado por un concilio de la provincia Tarraconense, cuyas actas han desaparecido]. La abjuración de Félix era un hipócrita disimulo. Llegado á Urgel [al favor de los continuos sobresaltos por la guerra contra los Sarracenos], continuó sosteniendo públicamente su error. El papa, consultado por los obispos de España, respondió con una larga y razonada carta. Félix y Elipando persistieron en su obstinación, hasta que al fin fueron depuestos solemnemente en Aquisgran (Aix-la-Chapelle), en 799, bajo el pontificado de Leon III, sucesor de Estéban IV. [Con lo cual se cortó de raíz el mal que sin duda alguna hubiera podido cundir.]

16. Por fin, después de treinta y cuatro años de guerra

lugar, alegaron malamente en su apoyo el rito mozárabe que les era evidentemente opuesto.

(El Traductor.)

(1) Está desnuda de fundamento la propagación de esta herejía: en caso de propagarse, hubiera sido en las Castillas y Cataluña, no en Galicia ni Asturias, donde no tenían el menor ascendiente los dos obispos prevaricadores. La España, con los Moros encima, no estaba entonces para hacer caso alguno de novedades anticatólicas.

(El Traductor.)

contra los católicos, murió el emperador Coprónimo, en 775, de una horrible enfermedad, fruto de sus desórdenes. Se dice que atormentado con indecibles dolores de fuego interno, exclamaba y decía: « ¡Estoy ardiendo en un infierno que me devora las entrañas! » Para expiar sus crímenes y apaciguar la cólera de Dios, mandó restablecer las imágenes de la santísima Virgen y de los santos, en cuya destrucción había pasado su vida. Tardío arrepentimiento! ¿Qué lágrimas podían bastar para borrar las manchas de tanta sangre inocente?... Le sucedió su hijo Leon IV. Tenía este por esposa una Ateniense, descendiente de una de las más ilustres alcurnias de la Grecia antigua. Su raro entendimiento y beldad incomparable le habían merecido la honra de ser escogida, por el mismo Coprónimo, para esposa del hijo su heredero. Irene era católica, y aborrecía los furros de los Iconoclastas; pero obligada á disimular su verdadera creencia en vida del emperador, su suegro, se prometía usar un día de su poder é influencia para volver la paz á la Iglesia. Con aquel instinto que rara vez engaña á las masas pacíficas, el pueblo de Constantinopla, cansado de las violencias y atrocidades del Coprónimo, entreveía sus secretas esperanzas en la princesa Irene, y la saludaba ya en su corazón como á su libertadora. Al advenimiento de Leon IV Porfirogeneta (1), creyeron los católicos haber llegado al término de sus trabajos. Pero este príncipe, digno heredero de tal padre, había heredado del Coprónimo el odio contra las sagradas imágenes, y se vió de nuevo la ciudad sometida á la estúpida y bárbara crueldad de los Iconoclastas. Cierta día encontró Leon IV en la cabecera del lecho de Irene una imagen de Cristo y de su santísima Madre. A vista de estos *ídolos*, entra el emperador en furia: lágrimas, caricias, promesas, arrepentimiento, todo, todo lo pone en juego Irene para desarmar la cólera del príncipe iconoclasta. Queda este inflexible, y echa fuera de su palacio á Irene como á una miserables. Muy pronto volvió á entrar mucho más poderosa,

(1) Llamado así porque nació en el aposento de pórfito en el palacio imperial,